

# *Relaciones de alteridad en la crónica de Clari*<sup>1</sup>

DULCE M.<sup>a</sup> GONZÁLEZ DORESTE

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

*Chi commenche li estoires de chiaus qui conquisent Constantinoble...* De esta forma se inicia *La conquête de Constantinople*, escrita en los primeros años del siglo XIII por Robert de Clari, donde relata su experiencia como integrante de la masa de cruzados que formó parte de la IV Cruzada, impulsada por Foulques de Neuilly, cuyo propósito inicial era, la liberación de Jerusalén de manos de los turcos, pero que, por diversas circunstancias, acabará con la toma de Constantinopla y la instauración, bajo Balduino de Flandes, de un efímero imperio latino de Grecia y Tracia.

Es bien sabido el discreto papel que ocupó Robert de Clari, un simple y modesto caballero picardo, en esta cruzada, frente al lugar privilegiado de otro expedicionario, Geoffroi de Villehardouin, político y diplomático, cuya elevada posición le convierte en uno de los personajes más influyentes y de más responsabilidad en la toma de decisiones que determinó el rumbo de esta expedición. Ambos coincidieron en la voluntad de dejar por escrito el testimonio de los hechos históricos que les tocó vivir, relatándolos cada uno desde su particular perspectiva. A pesar de la escasa visión de conjunto que su posición le proporciona, nos interesa la crónica de Clari porque no es la suya la visión del estratega y del político, sino que su relato descubre la percepción que tuvo el hombre de a pie de los acontecimientos, las relaciones que se establecieron entre los cruzados y las impresiones que el descubrimiento de una realidad diferente a la propia les suscitó.

En este trabajo reflexionaremos sobre estos aspectos de la crónica de Clari, que, en la línea de los estudios de Todorov o Kristeva, contribuyen a la recuperación de las diversas imágenes que se han construido del extranjero, del *otro*, a lo largo de nuestra cultura, a partir de diversos encuentros interculturales, en especial la larga

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido inspirado por el libro, aún inédito, de Gabriel Bello, catedrático de Ética, titulado *Del otro étnico al otro ético*, algunas de cuyas ideas recojo aquí.

colonización europea. Julia Kristeva propone, como método para abordar el problema, una interiorización del diálogo, desde una perspectiva histórica, que debe abocar en un reconocimiento de nosotros mismos como extranjeros para comprender a los otros (Kristeva, 1988); Todorov, por su parte, parece abogar por la reconstrucción moral de la historia de tales encuentros, por ejemplo entre españoles y aztecas, desde una conciencia agudamente crítica, y por una recuperación histórica de las ideas que nos hemos forjado sobre los otros en distintos momentos de nuestra cultura; todo ello en vistas a la extensión e intensificación del diálogo intercultural (Todorov, 1982; 1989; 1991). Evidentemente, la propuesta de Todorov parece más útil, como punto de partida metodológico —y sin entrar en consideraciones sobre sus interpretaciones históricas—, para analizar en el relato de Clari no solo de qué forma se asimiló el contacto con otras culturas y la percepción que de éstas tuvo el hombre de su época, sino las diferencias que surgieron en el propio grupo de cruzados, por razones fundamentalmente económicas.

Ni Clari ni Villehardouin se preocuparon de mencionar los motivos que les impulsaron a dejar constancia escrita de la experiencia vivida. En el caso de Villehardouin, Dufournet especula con la posibilidad de que fuera la necesidad de justificar la desviación de los propósitos iniciales de la expedición y su propia responsabilidad en el devenir de los acontecimientos (Dufournet, 1973:36-39). Las intenciones de Clari son también oscuras, pero desde los primeros los primeros capítulos se advierte un cierto tono de denuncia amarga y una crítica hacia aquellos que manejaron los destinos de la expedición, ocultando a la masa de cruzados sus verdaderos propósitos. Se sabe que Robert de Clari era un modesto caballero, señor de un pequeño feudo, y vasallo de Pierre d'Amiens. Como señala Lauer en el prólogo de su edición, era un hombre poco instruido, sin espíritu crítico, poco preciso en sus informaciones cronológicas e históricas; quizá esto último pueda explicarse en parte porque la pretensión de Clari al escribir su crónica no sea la de hacer la narración objetiva e imparcial de unos hechos, sino que, como él mismo ha escrito a modo de *incipit*, desea contar la historia de los hombres y mujeres que participaron en la conquista de Constantinopla, desde su propio punto de vista. Por estas razones, su testimonio es de un gran valor, pues permite, en palabras de Dufournet, *mieux apprécier les divergences qui opposèrent les croisés les uns aux autres* (Dufournet, 1973:343). Estas diferencias —que como veremos estriban en razones de índole económico—, provocan divisiones y enfrentamientos en el seno de los cruzados franceses y entre los franceses y los venecianos, dándose, de esta forma, varios tipos de relaciones con el *otro*; porque, tomando como referencia la tipología que establece Todorov, la relación con el *otro* no se produce en una única dimensión, sino que el *otro* puede estar en mayor o menor grado de proximidad:

Je peux concevoir ces autres comme une abstraction, comme une instance de la configuration psychique de tout individu, comme l'Autre, l'autre ou autrui para rapport au moi; ou bien comme un groupe social concret auquel nous n'appartenons pas. Ce groupe à son tour peut être intérieur à la société: les femmes pour les hommes, les riches pour les pauvres, les fous pour les «normaux»; ou lui être extérieur, une autre

société donc, qui sera, selon les cas, proche ou lointaine: des êtres que tout rapproche de nous sur le plan culturel, moral, historique; ou bien des inconnus, des étrangers dont je ne comprends ni la langue, ni les coutumes, si étrangers que j'hésite, à la limite, à reconnaître notre appartenance commune à une même espèce (Todorov, 1982: 11).

Y de esta diversidad de relaciones con la alteridad encontraremos ejemplos en el relato de Clari.

Si nos atenemos a la opinión de los que han querido indagar las motivaciones que impulsaron a las masas a seguir el llamamiento de los predicadores de las cruzadas, parece ser, según Vauchez, que éstas

estaban persuadidas de que Dios les había encomendado una misión, la liberación de los santos lugares, y, en un horizonte más amplio, la tarea de purificar el mundo del mal a fin de preparar su retorno glorioso (Vauchez, 1985: 91).

Foulques de Neuilly, el predicador de esta cruzada, era considerado un hombre santo y piadoso, por lo que fueron numerosos sus seguidores, como así lo pone de manifiesto Clari al principio de su crónica:

Ichis prestres estoit molt preudons et molt boins clerics, et aloit preeschant par les teres des crois, et molt gent le sivoient, por chou qu'il estoit si preudons que Damedieix faisoit molt grans miracles pour lui; et motl conquist chis prestres d'avoir a porter en le sainte tere d'outre mer» (Lauer, 1974:1).

y como corrobora el mismo Villehardouin en las primeras líneas de su relato:

(...) il y eut en France un saint homme, qui avait nom Foulques de Neuilly (...). Et ce Foulques dont je vous parle commença à prêcher de Dieu à travers la France et les autres terres à l'entour; et Notre-Seigneur fit maints miracles pour lui. Sachez que la renommée de ce saint homme alla si loin qu'elle parvint au pape de Rome Innocent (Faral, 1973: 3).

En su libro sobre las cruzadas, Morrison lo considera en la línea de los predicadores populares y de los fundadores de los movimientos eremitas del siglo XII por el espíritu evangélico y reformista que animaba su predicación:

Foulque insiste sur la réforme morale, la lutte contre le luxe, la prostitution et l'usure et exalte la vertu purificatrice de la croisade au moment même où les problèmes financiers vont dominer celle-ci (Morrison, 1969: 54).

La cruzada es también un medio de purificación personal e individual. Villehardouin cuenta de que forma las indulgencias concedidas por el Papa Inocencio contribuyeron a engrosar el ejército de cruzados, que acuden motivados, no solo por el ardor evangélico infundido por el predicador, sino para conseguir la salvación de su alma:

... tous ceux qui se croiseraient et feraient le service de Dieu pendant un an à l'armée seraient quittes de tous les péchés qu'ils avaient faits et dont ils se seraient confessés. Parce que cette indulgence était si grande, les cœurs des gens en furent très remués; et beaucoup se croisèrent parce que l'indulgence était si grande (Faral, 1973: 5).

Esta tarea de liberar la tierra santa de manos de los paganos y el amor a Dios, es, retomando de nuevo la crónica de Clari, la causa que dice estar en su ánimo el marqués de Montferrat y por la que acepta la responsabilidad de tomar el mando de los cruzados franceses:

*Li marchis dist que il s'en conselleroit; et quant il se fu conseilliés, si respondi que, pour l'amour de Dieu et pour secorre la tere d'outre mer, prendroit il le crois (Lauer, 1974: 6).*

Dada su posición, es presumible que Robert de Clari no haya estado incluido entre el núcleo de caballeros que asistió a la toma de compromiso de Montferrat y en la que se le entregó, una vez aceptado el mando de la cruzada, los haberes legados por el conde de Champagne. En opinión de Pauphilet,

la seule source d'information qui lui fût accessible, c'était l'information orale, les conversations de ses compagnons d'armes et des propos de ces gens aussi trompés que lui, il a su recueillir quelques valables renseignements (Pauphilet, 1931: 294).

Ello hace más interesante su relato porque, de lo que ha oído, recoge los aspectos que más le llamaron la atención y que están en consonancia con su propia visión de los hechos. De esta forma, la narración que hace de esta reunión, que tiene lugar en Soissons, pone de manifiesto su hostilidad y antipatía hacia Montferrat y el resto de los nobles que toman las decisiones. Así, inmediatamente después de aceptar la responsabilidad del mando, Montferrat pregunta a los caballeros (como si los objetivos de la Cruzada estuvieran todavía por decidir) a qué tierra de sarracenos desean dirigirse. La respuesta que Clari pone en boca de los caballeros no es acorde con los piadosos ideales argüidos por los caballeros como causa primera de su adhesión a la Cruzada; antes bien, la elección de las tierras a las que se encaminarán debe estar en función de los bienes materiales que de ellas se pueden obtener:

*Li baron respondirent que en le tere de Surie ne voloient il mie aler, car il n'i porroient riens forfaire; mais il avoient pourposé a aler en Babyloine ou en Alexandre tres en mi aus la ou il leur peussent plus forfaire<sup>2</sup> (Lauer, 1974: 6).*

Clari lo dice sin ambages, sin poner en duda los testimonios de terceros por medio de los cuales ha obtenido esta información. Esta versión concuerda perfectamente con su propia visión de los hechos, por eso denuncia de forma categórica la

<sup>2</sup> El verbo *forfaire*, que aparece frecuentemente en el texto de Clari, significa en francés antiguo, y así lo define Lauer en el glosario, *obtenir un avantage sur ou contre quelque chose ou quelqu'un*.

ambición que preside las decisiones de los jefes de la cruzada, que intentaron ocultar sus pretensiones reales, que nada tienen que ver con el afán piadoso que guiaba al resto de los cruzados. Así, desde las primeras páginas de su relato, el cronista deja entrever, más tarde lo hará de forma explícita, que el factor económico juega un papel determinante en el desarrollo de los hechos y va a ser fuente de divergencias entre la nobleza que capitanea la expedición y la masa de cruzados.

La riqueza va a ser también el primer elemento diferenciador entre franceses y venecianos. Cuando los cruzados llegan a Venecia la admiración por el esplendor de la ciudad y sus riquezas queda patente en la descripción de Clari:

Quant li pelerin furente tot asanlé en Venice et il virrent le rike navie qui faite estoit, les rikes nes, les grans dromons et les uissiers a mener les chevax et les galis, si s'en merveillierent molt et de le grant richeche que il troverent en le vile (Lauer, 1974: 9).

Seguidamente se detiene a comentar las negociaciones previas con los venecianos y los acuerdos económicos alcanzados que no van a poder ser cumplidos por los franceses, lo que obliga a una nueva colecta y a una serie de compromisos con el Dogo: el ataque a Zara y un nuevo reparto del botín que les deparará las conquistas para garantizar el pago de la deuda. Salvo la fascinación expresada por la espectacularidad de Venecia y el relato de estas negociaciones, Clari no hace mención explícita de las diferencias que separan a los soldados franceses de los venecianos; sin embargo, cuando se refiere a ellos, establece una clara distinción: de un lado *li pelerin* o *li croissié*, para hacer alusión a ellos mismos, a los franceses (más tarde hablará de *li Franchois*) y del otro, *Li Venitien*. En este sentido, Dufournet recoge los resultados de las investigaciones sobre la frecuencia de apariciones de estos sustantivos de G. Gougenheim quien constata que *pelerin* se emplea 48 veces a lo largo de toda la obra y *croissié*, que aparece en 18 ocasiones, deja de ser utilizado a partir del capítulo XLII, siendo sustituido en su uso por *Franchois*, que presenta 51 ocurrencias, todas ellas a partir del capítulo XLIV. Por su parte, P. Dembowski interpreta esta sustitución por la progresiva pérdida del espíritu religioso de las cruzadas, aunque también admite que puede ser debido a un hecho lingüístico en tanto que los cruzados toman conciencia de su propia identidad a medida que encuentran pueblos que no hablan su lengua (Dufournet, 1973: 343). En el marco de la interpretación de Dembowski, el sentido religioso que tienen *pelerin* y *croissié*, que obviamente no está presente en el gentilicio, puede ser entendido como una forma de dar a entender que las motivaciones que han llevado a unos y a otros a asumir el compromiso de la cruzada son de diferente orden. De hecho, los venecianos que son reclutados para ir a la Cruzada son elegidos al azar, sin mediar ninguna exhortación que encendiera su ardor religioso, aunque, eso sí, el sorteo se realiza previa bendición de un prelado:

Et tant qu'il fissent un sort, que il fasoient doi et doi ensanle deus noiaus de chire, si metoient en l'un un brievet, et venoient au prestre, se li donnoient; et li prestres les prinsegnoit, et donnoit a cascun des deux Veniciens un de ches noiaus, et chil qui avoit le noiel au brief, si couvenoit qu'il alast en l'estoire (Lauer, 1974: 9).

En todo caso, las diferencias entre ambos grupos son reales como se pone de manifiesto en la gran pelea —de la que no se especifica el origen— en la que se ven implicados los venecianos y *le menue gent des pelerins* que, según relata Clari, les mantuvo ocupados una noche y la mitad del día siguiente. Este hecho tiene lugar después de la rendición y partición entre venecianos y franceses de la ciudad de Zara, cuya conquista fue emprendida a pesar de la amenaza de excomuni3n papal que alcanzaba a todos aquellos que infligieran alg3n da1o a sus habitantes. El Dogo hace caso omiso de las advertencias de Roma, as3 como los franceses, a excepci3n del conde Sim3n de Montfort y Enguerrand de Boves que no osar3n ir *contre le commandement l'apostoile* (Lauer, 1974: 14).

Seg3n relata Clari, la tan controvertida decisi3n de ir a Constantinopla proviene del Dogo quien, conociendo la ambici3n de los franceses, emplea como argumento persuasorio la posibilidad de obtener un buen bot3n. Surge aqu3 de nuevo la eventualidad de un conocimiento mediatizado por parte de Clari sobre la reuni3n en la que se tom3 este acuerdo, por ello sorprende que el relato adopte el estilo directo para poner en boca del Dogo la propuesta de ir a Grecia, rica tierra donde podr3n proveerse de alimentos y *otras cosas*:

Li dux de Venice vit bien que li pelerin n'estoient mie a aise; si parla a aus et si leur dist: «Seigneur, en Grece a molt rike tere et molt plentive de tous biens; se nous poiemes avoir raisnavle acoison d'aler y et de prendre viandes en le tere et autres choses...» (Lauer, 1974:16).

En este punto del relato dos amplias digresiones que cuentan la historia de la dinast3a de los Ange y la traici3n por parte del emperador de Constantinopla al hermano de Montferrat (XVIII-XXX y XXXIII-XXXIX, respectivamente) revelan la crueldad y la tiran3a de los griegos, lo que explicar3 la animadversi3n que los cruzados sienten por ellos. Estas historias, dice Dufournet, no son casuales, est3n ah3 porque *sont voulues, jug3es n3cessaires 3 l'intelligence du r3cit et de la situation en Orient* (Dufournet, 1973: 359). Pues ya no se trata de liberar la Tierra Santa de manos de los sarracenos, sino de una agresi3n a un pueblo cristiano, por eso hay que buscar una causa concluyente que la justifique. Los cruzados y especialmente los que tienen la responsabilidad de tomar decisiones, se conceden entonces a s3 mismos la autoridad moral de imponer el orden pol3tico y de acabar con la tiran3a, decidiendo, en consecuencia, restituir por la fuerza en el trono de Constantinopla al que ellos consideran el verdadero heredero. En definitiva, se trata del pretexto desde el cual *legitimizar la violencia y el saqueo que van a ejercer sobre Constantinopla*. Pero antes, quieren obtener la bendici3n de la autoridad eclesi3stica y anticiparse a los reparos y escr3pulos que previsiblemente pondr3 la masa de cruzados. Preguntan entonces a los obispos si sus pretensiones son reprobables y 3stos alivian sus conciencias asegur3ndoles que su acci3n no s3lo no es pecado sino digna de encomio:

Apr3s si fist on demander as vesques se che scroit pechi3s d'aler i, et li vesque respondirent et disent que che n'estoit mie pechi3s, ains estoit grans aumosnes, car puis

qu'il avoient le droit oir qui deserités estoit, bien li pooient aidier a sen droit conquerre et de ses enemis vengier (Lauer, 1974:40).

La aparición de los griegos en la crónica va a significar un elemento de cohesión entre franceses y venecianos frente a un enemigo común. En efecto, a lo largo de las digresiones citadas, surge ya un nuevo nivel de alteridad que separa a *Li Grieu* de *Li Latin*, que el mismo Clari se apresura a esclarecer, señalando que latinos son llamados aquellos que acatan las leyes de Roma:

Si comme il eut che dit, li Grieu eurent molt grant paour des Latins que il virrent si aprochier d'aus (ore apele on tous chiaz de le loy de Romme Latins), et li Latin fisent grant sanlant d'aus corre sus (Lauer, 1974: 18).

En esa relación de alteridad los griegos son descritos a partir de una serie de valores negativos, principalmente su actitud cobarde, traidora y mentirosa. Se les atribuye incluso un cierto salvajismo, impropio de su alto nivel de civilización, pero que los pone en un grado de inferioridad, como cuando proclaman su júbilo ante la retirada de los cruzados y su desprecio hacia éstos ahullando y mostrando sus traseros desde las murallas:

... quant li Griu les virent traire ariere, si s'acueillent a huer et a escrier si durement que trop, et monterent seur les murs et avaloient leur braies et moustroient leur leurs cus (Lauer, 1974:71).

Nada, pues, que ver con el comportamiento *civilizado* de los latinos que, una vez sometida la ciudad, son exhortados por sus jefes a saquear los bienes de Constantinopla, respetando la integridad de sus habitantes. Así pues, deben recoger y llevar al campamento todo el oro, la plata y las ricas telas que encontraran, pero no deben ejercer la violencia en contra de las mujeres y el clero de Constantinopla ni de sus monumentos religiosos, salvo en casos de defensa propia:

Quant il eurent tout chou atiré, après si fist on jurer seur sains a tous chiaus de l'ost que les waains d'or et d'argent et de nuef drap, a le vaillanche de chinc sols et de plus, aparteroient tout a l'ost a droite partie hors euxtius et viande, et que il a femme forche ne feroient ne ne despoulleroient de drap que ele eust vestu, car qui en esteroit atains il seroit destruis. Et se leur fist on jurer seur sains que il main ne meteroient seur moine, ne seur clerc, ne seur prestre, s'il n'estoit en desfense, ne qu'il ne froisseroient eglise ne moustier (Lauer, 1974: 68).

Ante el desánimo de los cruzados por la primera derrota sufrida, los caballeros se lamentan convencidos de que, por sus pecados, Dios no los ha creído merecedores de la conquista de la ciudad ni de sus tesoros (*...il riens ne pooient faire ne forfaire a le chité*, p. 71). Pero el conciliábulo de obispos y clérigos, después de tomar como primera medida de expiación la expulsión de las *folles femmes* del campamento, va a encontrar en el argumento de la guerra santa el estímulo capaz

de empujar a los cruzados al enfrentamiento definitivo con los griegos. Guerra santa, aunque el enemigo sea un pueblo cristiano, pero —y he aquí la razón decisiva— no acatan la autoridad papal, han osado, pues, desobedecer la ley de Roma, que es la ley de Occidente, y hay que volver a someterlos. Y con estas santas e irrefutables razones, la voz de la Iglesia se alza para exhortar a los cruzados transmitiéndoles su certeza de que la empresa es justa, pues es necesario vengar las ofensas infligidas al Papa por los Griegos, enemigos de Dios por tanto y equiparables en crueldad a los Judíos:

... et moustrerent as pelerins que le bataille estoit droituriere, car il estoient traïteur et mordrisseur, et qu'il estoient desloial, quant il avoient leur seigneur droiturier mordri, et qu'il estoient pieur que Juis. Et disent li vesque qu'il assolioient<sup>3</sup> de par Dieu et de par l'apostoile tous chiaus qui les asaurroient<sup>4</sup>, et quemanderent li vesque as pelerins qu'il se confessaissent et kemeniaissent tout molt bien, et qu'il ne doutaissent mie a assalir les Grieus, car il estoient enemi Damedieu (Lauer, 1974:72).

Sin embargo, sentimientos de admiración y de respeto encubiertos hacia los griegos se traslucen, cuando, una vez conquistada la ciudad, Clari describe maravillado la belleza y las riquezas de la ciudad, así como las extraordinarias reliquias que se custodian en sus templos y abadías (cap. LXXXII-XCII). Le Goff, refiriéndose a los primeros cruzados, imagina la sensación que debieron sentir ante la visión de Constantinopla, emoción que no debe ser muy diferente de la que experimentaron Clari y sus compañeros:

Pour ces barbares qui vivent misérablement dans des forteresses primitives ou des bourgades misérables (...), Constantinople avec son million probable d'habitants et ses richesses monumentales, ses magasins (...) est la révélation de la ville (Le Goff, 1984: 166).

Tal es su fascinación, que Clari renuncia a seguir describiendo lo que ve, incluso la belleza y la magnificencia de los propios griegos, cualquiera que sea su posición social, porque no hay nadie que sea capaz de hacerlo objetivamente, sin ser tildado de mentiroso:

Des autres Grius, des haus, des bas, de povres, de riches, de le grandeur de le vile, des palais, des autres mervelles qui i sont vous lairons nous ester a dire; car nus honns terriens, qui tant eust mes en le chité, ne le vous porroit nombrer ne aconter, que qui vous en conteroît le chentisme part de le riqueche, ne de le biauté, ne de le nobleche qui estoit es abeies et es moustiers et es palais et en le vile, sanleroit il que che fust menchoingne, ne ne cresriés vous mic (Lauer, 1974: 90).

<sup>3</sup> Darían la absolución.

<sup>4</sup> Atacaran.

Cuando Clari confiesa su admiración por las reliquias<sup>5</sup>, de indudable valor para los cristianos, halladas en Constantinopla, al igual que cuando arrebatan el icono de la Virgen a los griegos, símbolo de su imbatibilidad, que va a ser destinado al monasterio de Cîteaux (cap. LXVI), muestra el mismo fervor religioso hacia ellas *que sienten los griegos. Es decir, que comparte con ellos la misma veneración* hacia lo que son los símbolos esenciales que sustentan su fe religiosa. Aunque, es justo decirlo, nuestro crédulo cronista llega a describir, sin el menor atisbo de crítica o de perplejidad, otros hechos maravillosos que, como señala Dufournet, más tienen que ver con la leyenda y la superchería que con la religión:

Nous avons déjà vu l'importance donnée aux reliques et surtout aux manifestations miraculeuses et surnaturelles que R. de Clari se plaît à rapporter sans le moindre esprit critique (...). Clari relève toutes les prophéties, tous les faits qui ressortissent à la superstition et à la sorcellerie: ainsi ces sculptures qui autrefois s'animaient, mais ne le faisaient plus quand Clari vint à Constantinople (XC, fin) (Dufournet, 1973: 369).

Un grado de distanciamiento mucho más profundo se advierte cuando Clari habla de los Coumanos, pueblo turco establecido en Moldavia. Representan el nivel de ese *otro* más lejano, del que habla Todorov, totalmente desconocido para nosotros, de cultura, moral, lengua y costumbres totalmente ajenas a las nuestras:

Che sont une gent sauvage qui ne erent ne ne semment, ne ont borde ne maison, ains ont unes tentes de feutre, uns habitacles ou il se muchent, et se vivent de lait et fromage et de char (Lauer, 1974:64).

Sin embargo, va a ser este pueblo salvaje e infiel el que, paradójicamente, inflija a los cruzados su más dura derrota, castigo a su ambición e insolidaridad, como declarará el propio Clari.

Las desavenencias en el seno de los cruzados franceses vuelven a surgir en el momento del reparto del botín y la voz de Clari es clara e inequívoca cuando denuncia la ambición y la avidez de los ricos y su insolidaridad hacia la masa de los cruzados. Desde el principio distinguió entre cruzados ricos y cruzados pobres (*... et de chiaz qui plus i fisent de proeschés et d'armes, de riches et de povres... p. 3*), pero ahora hace alusión a los caballeros pobres, entre los que posiblemente se incluya, que han sido tratados de igual forma que la soldadesca de a pie y, en consecuencia, han sido excluidos del reparto:

---

<sup>5</sup> Entre otras, destacan las que se encuentran en el palacio de Boukeléon donde se custodian pedazos de la Cruz, una fracción de la lanza que le atravesó el costado, los clavos que le atravesaron los pies y las manos, un frasco con su sangre, la túnica que le fue arrebatada en la subida al Calvario, la corona de espinas que le ciñó su cabeza, vestidos de la Virgen, la cabeza de Juan el Bautista y otros objetos milagrosos. Por otra parte, en el monasterio llamado de los siete apóstoles yacen los cuerpos de siete apóstoles, y se conserva la columna en la que fue atado Jesucristo, así como la tumba de Constantino y Helena y otros emperadores.

Adont si asanlerent li haut homme, li rike homme, et prisent conseil entr'aus, que le menue gent n'en seurent mot ne li povre chevalier de l'ost, que il prenderoient les meilleurs ostex de le vile; et tresdout commenchierent il a traïr le menue gent, et a porter leur male foi et male compaignie, que il compererent puis molt kier, sin comme nous vous dirons après (Lauer, 1974: 80).

Posteriormente (Cap. XCVIII) se hace eco de las reivindicaciones, que serán atendidas, de los clérigos pobres, como Aleuame de Clari —su hermano, al parecer—, que piden ser tratados como caballeros en el reparto, ya que como ellos poseen caballo y armadura y han luchado a la par. Otros acontecimientos relatados ponen de manifiesto los desacuerdos entre los nobles para elegir un emperador o su ambición para hacerse con un reino propio, lo que desencadena una serie de intrigas y rencillas que terminarán finalmente con la derrota de los cruzados en Andrinople de mano de los Coumanos. Clari habla de este episodio con el distanciamiento de quien no ha vivido directamente los hechos, por lo que Dufournet (1973: 342) estima que, en el momento en que estos sucesos acaecieron, Clari se encontraba ya en Francia. Sin embargo, no vacila en culpar de la derrota a la actitud innoble de los caballeros, que Dios no puede dejar pasar por alto sin el merecido castigo:

Ensi faitement se venja Damedieus d'aus pour leur orguel et pour le male foi qu'il avoient portee a le povre gent de l'ost, et de les oribles pekiés qu'il avoient fais en le chité, après chou qu'i l'eurent prise (Lauer, 1974: 106).

Esta última sentencia de Clari exenta, si creemos a Dufournet, de las emociones del que ha vivido el fragor del combate y el dolor de la derrota, revelan, en nuestra opinión, que el cronista tenía una idea fija cuando emprendió la redacción de su crónica, la de criticar el injusto trato recibido por los cruzados más pobres por parte de los jefes de la expedición, denunciando al mismo tiempo la ambición y la falta de escrúpulos de sus jefes que se enriquecieron a costa de un pueblo al que atacaron, violaron y saquearon. Queda por averiguar si, en su fuero interno, Clari se decidió a dejar su testimonio impulsado por la mala conciencia que le ocasionó la agresividad ejercida por los cruzados contra un pueblo cristiano o el enojo que le causó no haber obtenido la parte del botín que creía merecer.

En definitiva, la animadversión, mezcla de envidia y rencores, con justificaciones de tipo religioso —desde 1054 Bizancio representa el cisma— abocará, como expone Le Goff, en la tragedia que Clari no osa confesar abiertamente, pero sobre la cual no existen dudas:

L'aboutissement de la jalousie latine envers les Byzantins, c'est l'assaut du 13 avril 1204, ce massacre atroce d'hommes, de femmes et d'enfants, et le pillage où s'assouvirent enfin l'envie et la haine (Le Goff, 1984: 168).

En cualquier caso, esta crónica da buena prueba de la política expansionista del occidente medieval y sus pretensiones en Oriente; una política que tiene como base el poder moral de Occidente —apoyado o encubierto por razones de tipo reli-

gioso— de definir lo que es justo e injusto. Y Occidente es la Cristiandad, realidad medieval, en función de la cual *le chrétien du Moyen Âge définit le reste de l'humanité, se situe par rapport aux autres* (Le Goff, 1984:163).

Un filósofo contemporáneo, E. Said, palestino educado en Norteamérica y profesor de la Universidad de Colombia, integra este poder moral en la nómina de poderes (político, económico, cultural) que componen lo que él denomina la institución occidental del *orien-talismo*, a la que define, junto con Foucault, como el discurso de poder que Occidente ha ido construyendo a lo largo de los siglos como una pieza clave de la maquinaria cultural, política y militar, que ha hecho tan eficaz y rentable su colonización económica del Oriente próximo (1990: 15).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DUFOURNET, J. (1973): *Les écrivains de la IVe Croisade. Villehardouin et Clari*. París: Société d'édition d'enseignement supérieur (2 tomos).
- FARAL, E. (ed.) (1973): *Villehardouin. La conquête de Constantinople*. París: Société d'Édition Les Belles Lettres (Coll. Les classiques de l'histoire de France au moyen âge) (2 tomos).
- KRISTEVA, J. (1988): *Étrangers à nous mêmes*, París: Fayard (vers. cast., Barcelona, Plaza y Janés, 1991).
- LAUER, P. (ed.) (1974): *Robert de Clari. La conquête de Clari*, París: Librairie Honoré Champion, éditeur.
- LE GOFF, J. (1984): *La civilisation de l'occident médiéval*, París: Arthaud (Coll. Les grandes civilisations).
- MORRISON, C. (1969): *Les Croisades*, París: PUF (Coll. Que sais-je?).
- PAUPHILET, A. (1931): «Sur Robert de Clari», *Romania*, LVII, pp. 281-311.
- SAID, E. (1990): *Orientalismo*. Madrid: Ed. Libertarias. (*Orientalism*, New York, 1978).
- TODOROV, T. (1982): *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. París: Seuil.
- (1989): *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*. París: Seuil.
- (1991): *Les morales de l'histoire*. París: Grasset.
- VAUCHEZ, A. (1985): *La espiritualidad del occidente medieval*. Madrid: Cátedra.